

hiStoría Social

Núm. 46

2003



DOSSIER

NACIONAL- POPULISMO EN EUROPA

Ferran Gallego,
F. Miguel de Toro, M. Tarchi

IDENTIDADES GUERRILLERAS

Ronald Fraser

CAMPESINOS ANTE LA REVOLUCIÓN BURGUESA

José Miguel Gastón

ANARQUISTAS: DE LA COMUNA A ALCOY

Clara E. Lida

SECULARIZACIÓN

Gregorio Alonso

FRANQUISMO: CONSENSO Y VIOLENCIA

Francisco Sevillano

46

2003 (II)
Nº 46
SUMARIO

ESTUDIOS

- Ronald Fraser: *Identidades sociales desconocidas. Las guerrillas españolas en la Guerra de la Independencia, 1808-1814* — 3
- José Miguel Gastón Aguas: *Los campesinos navarros ante la revolución burguesa, 1841-1868* — 25
- Clara E. Lida: *Hacia la clandestinidad anarquista. De la Comuna de París a Alcoy, 1871-1874* — 49

DOSSIER: NACIONAL-POPULISMO EN EUROPA. UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

- Ferran Gallego: *La sombra del fascismo es alargada. Sobre la ambigüedad de la extrema derecha nacional-populista* — 67
- Fco. Miguel de Toro Muñoz: *La extrema derecha parlamentaria en Austria y Alemania* — 75
- Marco Tarchi: *Populismo a la italiana* — 95
- Ferran Gallego: *De la "divina sorpresa" a la diabólica normalidad. Treinta años de Frente Nacional en Francia* — 113

PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS

- Gregorio Alonso: *La secularización de las sociedades europeas* — 137
- Francisco Sevillano Calero: *Consenso y violencia en el "nuevo estado" franquista: historia de las actitudes cotidianas* — 159

Resúmenes/Abstracts — 173

Autores — 177

LA EXTREMA DERECHA PARLAMENTARIA EN AUSTRIA Y ALEMANIA

Fco. Miguel de Toro Muñoz

UN nuevo fantasma recorre Europa. Desde hace algunos años, el fantasma de la extrema derecha ha vuelto a aparecer en el panorama político de nuestro continente, aunque muchos pensaban que había desaparecido por completo. Por eso, se ha convertido en un tema de la máxima actualidad, ya que afecta a la estabilidad social y política de un buen número de países. Se trata de un fenómeno de carácter global, difícil de entender si lo circunscribimos únicamente a un ámbito territorial restringido.

La extrema derecha ya no puede reducirse al mero problema de la predisposición a la violencia de los jóvenes o a un problema referido únicamente a grupos marginales. No podemos hacerlo porque, actualmente, estamos tratando con unos partidos políticos de gran peso específico en el mundo político y social de sus respectivos países. El *Front Nationale* en Francia, los liberales y *Republikaner* en Alemania, el Partido Liberal austriaco, son algunos de los partidos, movimientos de extrema derecha, que aparecen en el ámbito europeo.

Europa vivió una primera sacudida sin precedentes cuando, a comienzos del año 2000, Jörg Haider llevó al FPÖ a conseguir el 27% de los votos en las elecciones legislativas del mes de febrero de ese año, convirtiéndose así en el socio de gobierno de una coalición conservadora que gobernó Austria hasta septiembre de 2002. La disposición del Partido Popular austriaco (ÖVP, *Österreichische Volkspartei*) a pactar con la extrema derecha de Haider provocó fuertes críticas, tanto dentro como fuera del país. Las posturas de ambos partidos, en determinados puntos clave de la situación política, eran irreconciliables, sobre todo en materia de integración europea, a la que Haider atacó en más de una ocasión. Esto ha provocado el final anticipado de la colaboración.

Pero también podemos apreciar que el fenómeno de la derechización de Europa es, incluso, anterior a Haider. Si el triunfo del FPÖ en Austria pudo ser el primer aviso, lo ocurrido en Italia (2001), ha confirmado esta tendencia, que se ha reafirmado en Dinamarca, Portugal, Francia, Holanda, etc. Pero el ascenso de los partidos políticos de derecha no es lo más preocupante de todo este proceso, sino la aparición en la escena política de dirigentes con un claro tinte ultraderechista. Umberto Bossi en Italia, Pia Kjaersgaard en Dinamarca, Jean Marie Le Pen en Francia, Pym Fortuyn en Holanda o Frank Vanhecke en Bélgica, han logrado buena parte de sus éxitos electorales con mensajes demagógicos sobre la criminalidad, la inmigración o la pérdida de la identidad nacional ante la Unión Europea.

¿Qué ha provocado este resurgimiento de los viejos fantasmas de Europa? Peter Mandelson, el ideólogo de la "tercera vía" lanzada por Blair en el Reino Unido, a la vista

de lo ocurrido con Le Pen, señaló que “cuando los responsables políticos no responden a las inquietudes de los ciudadanos, surgen gentes como Le Pen”. Estas palabras ya nos dan una de las principales claves del resurgimiento de la extrema derecha en Europa: la quiebra del modelo político democrático tradicional.

La xenofobia es uno de los elementos básicos de la extensión de la extrema derecha en Europa, aunque no sea su único elemento, pero se sitúa, por otro lado, como la identidad nacional enfrentada a la idea integradora de Europa y a las consecuencias de la globalización y la mundialización: la inmigración se convierte en el argumento más fácil y más concreto de la xenofobia. La presencia de la inmigración está muy vinculada con los brotes racistas, pero si analizamos las realidades locales, descubrimos que no es tanto el problema de la convivencia entre diferentes grupos, sino la forma que tenemos de asumir ese proceso de convivencia. Aunque nosotros mismos no estemos relacionados directamente con los inmigrantes, temas como el del desempleo se viven socialmente como una dificultad.

Las manifestaciones anti-Haider en Austria, la oposición obrera a Berlusconi en Italia o la reacción electoral contra Le Pen en Francia, han dejado a Europa en estado de choque, porque nos recuerdan que casi uno de cada cinco electores elige las opciones más populistas y antidemocráticas. En Róterdam, el *Leefbaar Rotterdam* obtuvo casi el 38% de los escaños, convirtiéndose en el primer partido de la ciudad. En Bélgica, el partido nacionalista flamenco *Vlaam Blok* obtuvo el 30% de los votos en las elecciones de Amberes. En Dinamarca, el *Danske Folkeparti* alcanzó el 12% en las elecciones generales. Todos estos partidos tienen en común su mensaje racista, xenófobo y populista, similar al extendido por Le Pen en Francia.

Pero hay un factor aún más alarmante que éste. Mientras que en estos países el populismo antidemocrático y xenófobo aparece claramente definido desde sus propias posturas, en otros países (sobre todo Italia y Austria), adquieren los mismos niveles, pero se integran en coaliciones de centro-derecha que le dan una mayor respetabilidad. De este modo se han convertido, incluso, en parte de partidos tradicionales o de las mayorías gobernantes, una postura aún más peligrosa que fenómenos abiertos y claramente definidos (como ha sucedido con la derecha del bávaro Stoiber o la alianza ÖVP-FPÖ en Austria).

Así, se han desarrollado dos movimientos de derecha paralelos, uno liberal y democrático, y otro populista y antidemocrático, que ya no es un fenómeno aislado y marginal, sino una presencia en la arena política que debe ser tenida muy en cuenta. En este punto, la derecha democrática sólo puede optar por dos caminos: el rechazo total de la antidemocrática, aunque suponga una derrota electoral a favor de la izquierda (como hizo Chirac ante el ascenso de Le Pen); o pactar con ellos, porque los “enemigos” sólo están a la izquierda y todos los medios son aceptables (como ha hecho Berlusconi en Italia).

Es en este sentido que hemos de recuperar la conciencia de un riesgo que el mundo occidental, tras la experiencia del Nacionalsocialismo y de la Segunda Guerra Mundial, ya creía olvidado. Y debemos tener en cuenta que si a mediados de los años 1980 el auge de la extrema derecha sorprendió a todos los analistas políticos, a comienzos del siglo XXI, después del fuerte auge de finales de los años 1990, ya no debe sorprender a nadie.

Hasta hace poco más de una década, 1945 parecía simbolizar el punto final de aquellas fuerzas políticas y sociales que se habían vinculado al Fascismo y al Nacionalsocialismo. Sin embargo, el paso de los años, el inicio de una crisis económica que han adquirido un carácter cíclico, y el incremento de los problemas sociales, de los que se acusa a la inmigración procedente de los países del Tercer Mundo, han provocado el resurgimiento de unas fuerzas que, hasta aquellos momentos, se encontraban aletargadas.

Los recientes procesos electorales en las diferentes naciones de Europa Occidental son un reflejo del avance de las formaciones políticas de extrema derecha, un avance que



Prisioneros de guerra en el sector francés de Viena, 1945

plantea una serie de interrogantes sobre los que los analistas políticos intentan encontrar una respuesta efectiva.

Pero no son sólo los politólogos y sociólogos los que deben responder a una cuestión tan importante como el resurgimiento de la extrema derecha en Europa. También los historiadores debemos analizar el fenómeno e intentar responder a las preguntas que se plantean ante un problema que, por motivos obvios, despierta unos ecos del pasado tan importantes, unos ecos de botas, de uniformes y de barbaries aún no del todo (o no por todos) olvidadas.

DEFINICIÓN DE LA EXTREMA DERECHA

Antes de comenzar, sería conveniente hacer una somera conceptualización que enmarque este fenómeno. Willibald Holzer, uno de los expertos en extrema derecha y neonazismo del *Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes* (DÖW) austriaco, ha definido a la extrema derecha como la representación de un movimiento o una comunidad contraria a la democracia pluralista y representativa. Se trata de una comunidad caracterizada por un fuerte etnocentrismo y un importante componente xenófobo o racista, que propone la creación de un Estado fuerte y una visión histórica de carácter "nacional". Según Holzer,¹ estos fines pueden ser conseguidos por métodos "agresivos, con violencia

¹ W. Holzer, "Rechtsextremismus – Konturen, Definitionsmerkmale und Erklärungsansätze", en Döw, *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus*, Deuticke Verlag, Viena, 1996, pp. 12-96.

o amenaza de violencia, si es necesario". Es evidente que esta definición viene determinada por las condiciones y características particulares de cada zona en la que se produce.

Lo que define actualmente la idea y el concepto de este nacional-populismo, son tres elementos básicos. En primer lugar, un "liberalismo duro" en las relaciones sociales, económicas y políticas que lo diferencia del Fascismo de entreguerras, con características más estatistas, nacionalizadoras y corporativas. En segundo lugar, se trata de un nacionalismo identificativo, basado en un fuerte sentimiento etnocentrista y de carácter excluyente. Finalmente, el concepto del "pueblo" como un elemento superior a las propias instituciones democráticas, de forma que éste tenga acceso directo a la política, pasando por encima del sistema de partidos, diferenciando la "partitocracia" de la verdadera democracia.

Una de las principales características de los modernos partidos radicales de derecha en Europa es, como señala Betz, una extraña amalgama programática e ideológica de reivindicaciones neoliberales y autoritarias.² Así, vuelven a plantear un modelo neoliberal contrario al desbordado Estado del Bienestar, a la intervención estatal en el proceso económico, al mismo tiempo que preconizan la libre empresa, la privatización de las empresas estatales y el fortalecimiento del Estado libre. Pero a esta postura neoliberal se le añade la ideología de extrema derecha, basada en el etnocentrismo, la xenofobia y las posturas de carácter autoritario; se oponen a la llegada de extranjeros y buscan limitar (cuando no suprimir) el derecho de asilo. En resumen, buscan combinar una interpretación liberalista clásica del papel del individuo y la economía, con los tópicos más interesantes (desde su punto de vista) de la agenda ideológica tradicional de la extrema derecha, para poder presentarla a aquellos sectores más desencantados con sus oportunidades y su estatus sociopolítico. Estos nuevos "populismos" de derecha, que han estado fuertemente influenciados por el *Front National* francés, tienen programas menos etnocentristas y autoritarios que hace unos años, pero acentúan su oposición radical contra el *Establishment* parlamentario y democrático. De este modo, junto a la agitación tradicional de extrema derecha (especialmente racista y xenófoba), los partidos políticos extremistas han fortalecido sus posiciones con respecto a otros problemas sociales y políticos, convirtiéndolos en los estándares de sus reivindicaciones (el desempleo, la vivienda, la Unión Europea, la introducción del Euro, la disolución de las naciones, etc.), cuestiones que son ampliamente utilizadas en la propaganda. Con estas argumentaciones y los aspectos de carácter xenófobo, que relacionan directamente con estos problemas, pretenden ganarse la atención y el voto de la población.

El actual movimiento de extrema derecha alemán y austriaco ha llevado a cabo una profunda actualización de su discurso ideológico, vaciándolo de referencias al pasado y disfrazándolo de progresismo, neoliberalismo y preocupación social. De este modo conecta con las inquietudes de una parte de la población, con unos resultados bastante positivos. Toda esta táctica ha tenido una plasmación de carácter electoral muy eficaz, como el FPÖ de Jörg Haider demostró en Austria. El éxito de estos planteamientos radica, sobre todo, en explotar los sentimientos ya latentes en la sociedad, y presentarse como un movimiento que resolverá los problemas del sistema (como la corrupción política) pero sin hacer un discurso abierto de connotaciones antidemocráticas. La explotación del sentimiento de identidad nacional y la exaltación de un poder autoritario, basado en el gobierno de un "hombre fuerte", también proporciona votos y, al mismo tiempo, refuerza la necesidad de seguridad ante la incerteza social y económica que provoca la globalización mundial.

Estos tres factores, crisis económica de un modelo que es incapaz de absorber sus tasas de desempleo, la agitación de los sentimientos xenófobos y antisemitas, y la utiliza-

ción práctica del rechazo a ciertos aspectos del sistema democrático, se dan, en mayor o menor medida, en los países en que ha reaparecido el fenómeno de la extrema derecha. Pero son planteamientos que varían tanto en su situación como en su intensidad: en Alemania y Austria se ha acentuado más la grave crisis económica y la inmigración como justificante de ese renacimiento, mientras que en Italia ha sido la corrupción generalizada de todo el sistema político democrático.

En el ámbito ideológico, el revisionismo histórico, incubado por toda Europa, ha servido como puente entre el pasado y el presente, negando o relativizando el genocidio nacionalsocialista y contribuyendo así a debilitar la memoria histórica.³

El discurso ideológico de la extrema derecha se ha transformado, y ha evolucionado hacia posiciones más actuales, aunque siguiendo un hilo conductor que lo conecta con la tradición del pasado: un discurso centrado en la identidad nacional, con una retórica que alimenta la visión superior de unas naciones sobre otras. Esta idea se entrelaza con el segundo gran elemento ideológico, ya que desde comienzos de los 1980, la inmigración se ha convertido en el principal tema de agitación de las organizaciones neonazis y de extrema derecha. Los inmigrantes se han convertido en un elemento más rentable ideológicamente hablando, en Alemania y Austria, que los judíos y el antisemitismo utilizado hasta aquellos momentos. Finalmente, el anticomunismo, que quedó obsoleto y caduco tras la caída del Muro de Berlín y de la URSS, se ha mantenido como uno de los rasgos característicos de estos movimientos, centrado en la figura del "izquierdista intelectualoide", que con su humanitarismo y pacifismo hace peligrar la esencia de la Nación. Además, los movimientos de extrema derecha y neonazis utilizan el juego político que permite la democracia parlamentaria para atacar sistemáticamente los derechos y libertades que ese sistema garantiza. Constantemente queda en evidencia su rechazo a las instituciones participativas de la democracia liberal, los valores democráticos, el pluralismo cultural y el respeto por las minorías étnicas.

Wolfgang Neugebauer señala dos dimensiones básicas de este fenómeno: la extrema derecha política, en forma de partido político, organizaciones, grupos, medios de comunicación, etc., y la extrema derecha sociológica, centrada en las actitudes, mentalidades y comportamientos sociales y electorales de la población no encuadrada en ningún grupo o partido. Ambas dimensiones se encuentran íntimamente relacionadas, ya que la extrema derecha sociológica se convierte en una reserva electoral latente para la política.⁴

En Austria, el FPÖ ha proporcionado una homogeneidad que no existe en Alemania, donde los miembros de la extrema derecha no han conseguido formar una unidad, a pesar del peso que adquieren partidos políticos como los *Republikaner*. Por el contrario, se encuentran divididos y en competencia constante por motivos ideológicos y estratégicos, así como por animosidades personales entre sus líderes. En resumen, los partidos de extrema derecha en Alemania han fracasado a la hora de integrar a los dirigentes de esos movimientos en un conjunto y darle una unidad ideológica que los haga competentes, electoralmente hablando.

La estructuración actual de la extrema derecha tiene tres niveles. En primer término, los militantes de los partidos políticos, perfectamente organizados. En segundo lugar, las bandas marginales de neonazis o *Skinheads*, que actúan de forma espontánea por iniciativa

³ Sobre la respuesta de la historiografía austriaca al fenómeno del Revisionismo, Fco. Miguel de Toro Muñoz, "Reflejos del *Anschluss* en la historia y la historiografía austriaca", en revista *Historiar*, núm. 1, 1999, pp. 109-123.

⁴ W. Neugebauer, "Struktur rechtsextremer Organisationen und deren Bereitschaft zur Gewalt", en H. Reinalter, F. Petri, R. Kaufmann (Hg.), *Das Weltbild des Rechtsextremismus. Die Strukturen der Entsolidarisierung*, Tyrolia Verlag, Innsbruck, 1998, pp. 51-61.

propia, pero con el apoyo de los partidos políticos, y que son los que llevan a cabo el mayor número de actos violentos en países como Austria, Italia o Alemania. Finalmente, los grupos de jóvenes que, sin tener ninguna adscripción estable a ninguno de los dos anteriores, simpatizan con ellos y participan activamente en sus actos.⁵

Pero la diferenciación específica que debe hacerse dentro de los movimientos de extrema derecha, se sitúa en dos factores que son, por un lado, el movimiento de extrema derecha “parlamentaria”, una serie de partidos políticos que han hecho de la ideología neonazi o de extrema derecha su programa político. Por otro lado, la extrema derecha ha asumido también un aspecto diferente, “extraparlamentario” como lo han definido algunos autores, basado especialmente en grupúsculos extremistas, a menudo ilegales, y en las denominadas “tribus urbanas” de carácter violento y xenófobo.

LA EXTREMA DERECHA PARLAMENTARIA

La llegada al poder del Partido Liberal austriaco (FPÖ, *Freiheitliche Partei Österreich*), puso fin a la legendaria paz y comodidad de la vida política en Austria donde, a lo largo de 50 años, los dos partidos políticos tradicionales (socialdemócratas y conservadores) se habían repartido proporcionalmente el poder y los cargos principales del Estado.

Austria, uno de los países más ricos e importantes de Europa, ha vivido toda su historia con la permanente contradicción entre el peso de su gloria imperial multiétnica y multicultural, y su polarización pangermánica, con la fragilidad de integrar a más de un 10% de su población extranjera, y un fuerte sentimiento etnocentrista.

Ya desde la fundación de la Segunda República austriaca no han dejado de aparecer movimientos y organizaciones de extrema derecha, hostiles a cualquier tipo de transformación social o cultural. Austria necesita analizar de una vez un pasado incómodo, que se ha esforzado por olvidar. Después de la guerra, los austriacos tuvieron la habilidad de olvidar su papel como colaboradores y verdugos, y se convirtieron en la “primera víctima del nazismo”.

Este fenómeno fue descrito muy gráficamente por el director de cine austriaco Billy Wilder, perseguido por el nazismo, cuando afirmó que “los austriacos han logrado hacerle creer al mundo que Beethoven era austriaco y Hitler alemán”. Haider supo instrumentalizar, de forma casi perfecta, el trauma colectivo que supuso el período 1938-1945. Amparada en esta condición de primera víctima del nazismo que los aliados confirieron al país en la Conferencia de Moscú de 1943, se instaló una cómoda, aunque malsana, amnesia histórica. Esta fue responsable de lo que algunos intelectuales han denominado un “déficit de culpabilidad”, porque la población ha olvidado el entusiasmo austriaco con el *Anschluß* y su colaboración durante los siete años de vida común con el Tercer Reich.

Una de las raíces del ascenso de la extrema derecha radica en el hecho de que el consenso antifascista de 1945 fue rápidamente substituido por el consenso anticomunista. Durante la Guerra Fría, gracias a su especial situación geográfica, tuvo un tratamiento muy particular, con un discurso aislacionista que se aplicó a la población de una forma muy efectiva. Esta situación acabó con la caída del Muro de Berlín, en 1989: la situación cambiante de la década de los 90, provocó la pérdida de la identidad, en referencia al mito, basado en su neutralidad.

⁵ Ante-Defamation League, *The Skinhead International: A Worldwide Survey of Neo-Nazi Skinheads*, Anti-Defamation League, New York, 1995. Bundesamt für Verfassungs-Schutz, *Entwicklungen im Rechtsextremismus in den neuen Bundesländern*, Hg. Bundesministerium des Innern, Bonn, 1999.

Austria nunca aprendió la cultura del conflicto, de la discusión política, tan necesaria en el juego democrático. No tuvo esa oportunidad, con un sistema de gobierno bipartidista, que sólo practicaba una oposición ficticia y la alternancia política. El sistema de concertación social, que hacía que los agentes sociales aprobasen leyes juntamente con el gobierno, sin un debate público, eliminaba la esencia misma de la democracia. Este proceso, estabilizado durante más de treinta años, provocó una despolitización de la vida pública, porque no existía un verdadero ejercicio de oposición.

Cuando Haider llegó a la presidencia de su partido, en 1986, los austriacos sintieron que había llegado una nueva forma de oposición al gobierno. En ese momento, los partidos tradicionales no tenían ninguna experiencia a la hora de gobernar con una oposición real, por lo que Haider fue sometido a un proceso de "demonización", especialmente por parte de la socialdemocracia, porque era la única forma que conocían de luchar contra la oposición: ese fue un grave error, porque las reacciones equivocadas le dieron aún más poder.⁶

El enorme hueco en la oposición dejado por el sistema bipartidista del SPÖ-ÖVP, fue aprovechado por Haider, utilizando la mayoría de los votos de protesta y de los descontentos. Además, con una campaña de xenofobia que se nutría de los temores a la inmigración masiva procedente de los países de la Europa Oriental, también logró aglutinar en torno a su partido una buena parte de los votantes obreros, tradicionalmente fieles a la socialdemocracia. Si analizamos las cifras de inmigración en Austria veremos que apenas si han crecido durante los últimos años: en 1993 había 715.000 inmigrantes en el país; en 1998 eran 730.000. Por tanto, la realidad de ese problema en Austria no ha sido la de un crecimiento desmesurado de la inmigración, sino de cómo se explica ese crecimiento social y económicamente, y cómo se asume la presencia de extranjeros en la sociedad austriaca. Pero al FPÖ también lo apoyaban los empresarios e industriales, partidarios de los aspectos económicos más neoliberales, que tienden a dismantelar el Estado paternalista construido en los años de dominio socialista. El éxito del nuevo planteamiento de la extrema derecha se basa, sobre todo, en presentarse como un movimiento que resolverá los problemas de un sistema democrático ya caduco.

La aparición de la nueva extrema derecha se puede interpretar, por tanto, como un agotamiento del sistema político imperante en Austria. Pero se trata de un fenómeno que podemos hacer extensivo a un gran número de países de la Europa Occidental. Agotamiento de un modelo político, surgido de la Segunda Guerra Mundial, frente a problemas nuevos que han llevado a una recalificación de la política. Los procesos electorales que han hecho aflorar el fenómeno de la extrema derecha en Europa, desde 1998, nos han demostrado también la carga de responsabilidades políticas compartidas de los partidos políticos tradicionales, que han provocado una situación tan inquietante como la actual, debido a su falta de acierto al aplicar sus políticas.

El electorado de extrema derecha austriaco puede ser distribuido en dos grandes sectores. Un grupo muy pequeño, pero muy fuerte gracias a su poder de agitación, que representa un enfoque autoritario de derechas y extremista. Y un grupo mayoritario, más pasivo, a los que el FPÖ consiguió atraer gracias a su retórica xenófoba y populista. Para esta mayoría pasiva, las propuestas antirracistas, especialmente de los sectores de la izquierda, tienen un gran significado simbólico (más que la mera expresión de su propio racismo), y Haider les indicaba que él estaba preparado para eliminar esos tabúes, arriesgándose a ofender a la partidocracia tradicional que se ha unido a la condena unánime del racismo y el antisemitismo. El mensaje racista y xenófobo de los grupos de extrema derecha en Aus-

⁶ B. Bailer-Galanda, W. Neugebauer, *Haider und die "Freiheitlichen" in Österreich*, Dietz Verlag, Berlín, 1997.

tria (igual que en Alemania), se convierte también en un reclamo *anti-establishment*, una idea que ha pasado a ser uno de los elementos más importantes de sus éxitos electorales: no sólo expresan los temores de la población ante la inmigración, sino que, además, se enfrentan a la hipocresía de los partidos tradicionales, y romper con los tabúes políticos impuestos.

El componente xenófobo y racista de los llamamientos de la nueva extrema derecha parlamentaria austriaca se convirtió en un sistema para articular a los grupos más extremistas del espectro político que aún no se han integrado en un conjunto político "respetable". Por ejemplo, a comienzos de 1993, se lanzó la iniciativa popular *Österreich zuerst* ("Austria primero"), que convirtió al FPÖ en un partido claramente orientado hacia la xenofobia y el racismo.⁷ Estos planteamientos racistas consiguieron la integración de una buena parte de los elementos de la extrema derecha y neonazis en una masa militante, en apoyo a un partido político homogéneo.

Tras la caída del bloque comunista, Austria se ha convertido en uno de los factores de mayor importancia en una zona de gran trascendencia, por su posición geográfica, en una Europa de flujos constantemente cambiantes, provocados por la caída de las fronteras. Pero, al mismo tiempo, Europa ha creado un miedo al futuro de la integración europea. Es un miedo que aún sigue mirando al pasado, relacionado con esa especial situación de Austria: ha pasado de ser un país aislado a verse obligada a integrarse y, además, a servir de puente entre la Unión Europea y los países de su entorno.

LA HAIDERIZACIÓN DE LA POLÍTICA AUSTRIACA Y ALEMANA

El FPÖ de Haider ha creado una nueva forma de actuar en el marco de la extrema derecha europea, porque ha conseguido aglutinar a un amplio espectro de grupos y sectores. Abarcan desde los más radicales a los más moderados, desde el neonazismo hasta los nacionalistas-alemanes y los sectores de la población que se muestran descontentos con el sistema político imperante. El FPÖ se ha convertido, de este modo, en una alternativa de alianza atractiva, frente al sectarismo que domina entre los grupos de extrema derecha alemanes. Esta unión de grupúsculos tan diversos en el ámbito de influencia del FPÖ, tuvo un gran impulso desde la llegada de Haider a la presidencia del Partido.

El Partido Liberal austriaco nació en 1955, descendiente directo de la Unión de los Independientes (VdU, *Verband der Unabhängigen*), fundada en 1949, como una forma de agrupar políticamente a antiguos sectores nazis, radicales de extrema derecha y nacionalistas alemanes.

A comienzos de la década de 1960, con la elección de Friedrich Peter como Presidente nacional del FPÖ, comenzaron los esfuerzos por separar al partido de su carácter más extremista, para dotarlo de un perfil más liberal, consiguiendo que tanto liberales como nacionalistas tuvieran un lugar conjunto en el FPÖ, pero intentando eliminar la influencia de los antiguos orígenes nazis.⁸ Siguiendo con esta evolución, en 1970 el FPÖ entró a formar parte de un gobierno de coalición junto al Partido Socialdemócrata austriaco (SPÖ), acentuándose su giro hacia un liberalismo respetable. Para la dirección imperante en esta etapa, el extremismo de ciertos grupos que se habían "infiltrado" en el partido durante la

⁷ Debido a esta iniciativa, el FPÖ fue expulsado, en julio de ese mismo año, de la Internacional Liberal.

⁸ Según las palabras del propio Peter, "Nacionalistas y liberales tienen un lugar conjunto en el FPÖ" (*Nationale und Liberale in der FPÖ gemeinsam Platz haben*). B. Bailer, W. Neugebauer, "Die FPÖ. Vom Liberalismus zu Rechtsextremismus", en Döw (Hg.), *Rechtsextremismus in Österreich nach 1945*, Deuticke Verlag, Viena, 1979, p. 360.

etapa anterior, era intolerable, y consideraban que el componente más liberal había de ser el elemento de continuidad que permitiese superar la etapa de los nacionalistas alemanes y de los antiguos nazis que habían sido la primera base del FPÖ. La culminación de esta etapa liberal llegó en 1983, cuando el SPÖ volvió a buscarlo como aliado de gobierno en un pacto de coalición.⁹

Sin embargo, la respetabilidad que proporcionaba entrar a formar parte de un gobierno, se volvió contra el propio FPÖ, debido a las obligaciones que su participación imponía a la hora de apoyar determinados aspectos de la política socialista, como su programa social. Este apoyo a su socio de gobierno, se enfrentaba a las concepciones básicas de su propio programa político. También se vio afectado por una sucesión de escándalos políticos y financieros que asolaron al país. En esta situación, el electorado de protesta, que siempre se había canalizado para formar una parte considerable del electorado del FPÖ, no estaba dispuesto a votar por un partido que participase en una coalición que, en definitiva, representaba todo aquello que provocaba su voto de protesta.

Poco después, en diciembre de 1984, comenzó a gestarse la insurrección contra la fracción de los neoliberales, por parte de los barones más “duros” del Partido, encabezada por el líder de la región de Carintia, Jörg Haider, que reclamaban la disolución de la coalición con los socialistas. Al mismo tiempo, las fuerzas más extremistas y nacionalistas dentro del partido, se afianzaban y se fortalecían.

El final de la fase neoliberal del FPÖ llegó con el congreso de Innsbruck de septiembre de 1986, y la elección de Haider como Presidente nacional del mismo. Desde aquel momento, la posibilidad de formar una coalición de gobierno quedó anulada, en las condiciones en que se había hecho hasta entonces. También quedó anulada la evolución hacia un liberalismo más moderado. Visto este giro que daba el partido y sus propias tensiones y divisiones internas, los analistas políticos de toda Europa consideraron que las elecciones que se llevarían a cabo en noviembre de ese mismo año supondrían el final del FPÖ. Sin embargo, lejos de desaparecer, el FPÖ consiguió unos resultados espectaculares (casi el 10% de los votos).

Desde entonces, esta evolución ascendente no se ha frenado hasta ahora, aprovechando, sobre todo, el gran número de escándalos políticos y de corrupción que salpicaron a los principales elementos de la partidocracia austriaca, el SPÖ y el ÖVP. En 1990, con algo más del 15% de los votos, el partido de Haider se convirtió en la tercera fuerza electoral del país.

Desde 1986 se ha impulsado un proceso de “cohesión” de todos los grupúsculos de extrema derecha austriacos, que ha hecho que las íntimas relaciones entre el FPÖ y las actividades de grupos neonazis se pongan de manifiesto en más de una ocasión. Esencialmente, las posiciones de extrema derecha las mantienen elementos pangermanistas, grupos estudiantiles y los sectores más extremistas que se han integrado a partir de la llegada de Haider a la presidencia. Estas relaciones han quedado en evidencia en varias ocasiones: por ejemplo, en 1992, el asalto a un cementerio judío en Eisenstadt, por parte de miembros de las juventudes del FPÖ, que estaban relacionados con el Secretario General del partido, Karl Schweitzer.

Poco a poco, los planteamientos políticos del FPÖ se han transformado, gracias a la postura de la dirección de Haider, en una forma de “nacional-populismo” de extrema derecha, centrado en la figura del líder del partido y cada vez más alejado del neoliberalismo inicial.¹⁰ Desde la puesta en marcha de ese proceso, se puede apreciar la denominada *hai-*

⁹ Döw (Hg.), *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus*, Deuticke Verlag, Viena, 1993.

¹⁰ En 1993, los últimos neoliberales abandonaron el partido y, encabezados por Heide Schmidt y Friedrich Frischenschlager, formaron un nuevo partido, el *Forum Liberal*. Sin embargo, en los últimos años este *Forum* y el FPÖ han llegado a formar coaliciones electorales, como la que se presentó a las elecciones europeas de junio de 1999.

derización de la extrema derecha austriaca, que tendría sus efectos también, por extensión, en el resto de Europa.

Las progresivas victorias electorales de Haider demostraron también la capacidad de una "personalidad carismática" para canalizar y movilizar el voto de protesta presentándolo como un defensor del hombre y de la mujer de la calle, frente al fracasado sistema democrático, como un cruzado de la lucha contra la corrupción, los impuestos y los privilegios de la vida pública. Muchos de los electores del partido apenas si tenían una cultura política definida, pero se sintieron fuertemente motivados por el carisma personal de Haider y sus planteamientos políticos.

En resumen, los componentes políticos e ideológicos de extrema derecha aplicables al movimiento populista de Haider eran los mismos que destacan entre numerosos grupos neonazis de toda Europa:

1. Campañas de agitación contra las minorías, contra los inmigrantes y los refugiados.
2. Fuerte carácter etnocentrista y nacionalista, de naturaleza fuertemente excluyente.
3. Total rechazo de la integración europea, como una forma de pérdida de la identidad nacional.
4. Tendencias autoritarias, basadas en un "dirigente fuerte", y rechazo del sistema democrático y parlamentario.
5. Manifiesta manipulación de los temores de la población ante el clima económico presente y futuro.

Si pasamos a analizar más atentamente a su electorado, lo que hemos denominado "voto de protesta", veremos que éste consideraba que Haider proporcionaría a Austria un impulso decisivo, después de más de treinta años de estancamiento político, de reparto del poder entre socialdemocracia y populares. Así, el FPÖ era visto como el único capaz de romper con este sistema de partitocracia establecida, a pesar de que la propia entrada del partido en un gobierno de coalición con el ÖVP también se basó en un reparto de cargos, responsabilidades y poderes, que permitieron la formación de la coalición "negro-azul" que gobernó Austria hasta hace pocos meses.¹¹

Sin embargo, la misma esencia de esta colaboración, de este reparto, llevaba implícita la pérdida de valor político del FPÖ, que tendría que enfrentarse a su electorado de protesta y dar cuenta de sus acciones en el gobierno, tal como había pasado anteriormente, durante sus coaliciones con el SPÖ en los años 1970. Nuevamente, la respetabilidad que le proporcionaban las opciones de gobierno, se oponían a su propia identidad. El voto de protesta, como siempre sucede en estos casos, ha desaparecido con rapidez, una vez que el FPÖ ha iniciado su acción de gobierno.

Pero lo esencial del programa del FPÖ no es su ideología o sus planteamientos políticos, sino su forma de plantearlo ante el electorado: con seducción, habilidad en el manejo de los medios de comunicación y utilizando un lenguaje políticamente incorrecto. En su programa electoral, el FPÖ tiene soluciones para todas las ansiedades y temores de ese electorado. Xenofobia y racismo para los que temen a la extranjerización de un país con más del 10% de la población extranjera pero que, al mismo tiempo, era un antiguo imperio multicultural y multiétnico. Neoliberalismo para los nuevos capitanes de la industria, que rechazan las medidas proteccionistas estatales. Fomento de las medidas sociales que prote-

¹¹ Ambos colores son los que identifican a los seguidores del Partido Popular austriaco (negro) y del FPÖ (azul).

jan a sus sectores más débiles (asistencia social y salarios para las mujeres que tengan hijos, trabajo obligatorio para los desempleados de larga duración, etc.). Con sus inflamatorias campañas contra un sistema que favorece a los extranjeros (retratados siempre como criminales), frente a los propios austriacos (respetables y trabajadores), el FPÖ apela a las actitudes raciales y autoritarias más extendidas de la población. En definitiva, aporta soluciones para todos los problemas de aquellos descontentos que forman su electorado.

Desde 1986, las campañas electorales del FPÖ se han basado en el ataque negativo a las propuestas de los grandes partidos políticos tradicionales, más que en la presentación de las propuestas propias del partido. A pesar de todo, Haider no ganó su espacio electoral gracias únicamente a su ideología racista, xenófoba o neonazi. Con este único potencial no hubiera sido suficiente para conseguir, como en febrero del año 2000, a más de una cuarta parte del electorado austriaco. Su éxito se basó en haber sabido dar una “respuesta” al cansancio de la población por más de medio siglo de inmovilismo, reparto de puestos y cargos de una partitocracia que no ha permitido la creación de medios de comunicación privados (radio y televisión) para no trastocar el equilibrio del poder en los medios públicos. En el momento de mayor cansancio apareció Haider, prometiendo cambiar las cosas, aunque no dijese cómo.

Por eso, si antes el electorado del FPÖ se encontraba entre los nostálgicos del nacionalsocialismo de los años 1930-1940, ahora ha pasado a los marginados de la sociedad y de la globalización, al proletariado tradicional que se consideraba abandonado por la socialdemocracia, a una población cada vez más temerosa de las “oleadas incontroladas” de inmigración.

La región austriaca de Carintia, donde Haider gobierna desde hace varios años, se ha convertido para el FPÖ en un escaparate para demostrar que su forma de gobernar no supone ningún peligro para la democracia, ya que no se han registrado abusos ni atropellos. Pero esa tranquilidad podemos compararla con la fábula del lobo que se disfraza para devorar a los corderos. Esta postura “neutralizada”, a pesar de algunos exabruptos de los líderes más destacados del partido, ha provocado que el voto más radicalizado abandone al FPÖ, considerando que no es más que otro partido que, ante la tarea de ejercer las funciones de gobierno, vuelve a los peores aspectos de la fracasada democracia. Así, debido a su propia inestabilidad interna, estos sectores sociales abandonaron las propuestas de Haider con la misma facilidad con la que llegaron a ellas.

Durante el período de 1999 a 2002, el FPÖ debe ser observado como la fuerza principal de la extrema derecha austriaca, debido a su presencia y su fuerza parlamentaria, pero también a la influencia política y social del propio Haider. Mientras los grupos de la extrema derecha tradicional no habían sido un factor importante en la política austriaca, el FPÖ de Haider se convirtió en un elemento extremista de gran importancia en el desarrollo político del país.

El FPÖ se convirtió en el mejor ejemplo de un partido de extrema derecha, un modelo a seguir por otros movimientos del resto de los países europeos, que superó a otros planteamientos como los *Republikaner* alemanes.

Las elecciones de octubre de 1999 se convirtieron en un claro ejemplo del planteamiento político que llevó el FPÖ de Haider durante los últimos años. Aunque el SPÖ reafirmó su condición de primera fuerza política, perdió más de cuatro puntos con respecto a las elecciones generales de 1995, en su feudo vienes perdió casi seis puntos, y doce en Estiria, el *Land* minero y fortaleza socialista más importante de Austria. En total, en veinte años, el SPÖ pasó de tener mayoría absoluta (51% de los votos en 1979) a conseguir superar a duras penas la barrera del 30% en 1999. Sin embargo, lo más preocupante es que la mayoría de los votos perdidos por los socialdemócratas fueron a parar al partido de Haider, que subió doce puntos con respecto a las elecciones de 1995.

Con estos resultados, el FPÖ se convirtió en la segunda fuerza electoral del país, aunque ya era la primera en Carintia (42%), la segunda en Viena (28,3%) y en Vorarlberg (27,5%). Viena, la ciudad "roja" por excelencia, que desde 1945 sólo había tenido alcaldes socialistas, observaba en medio del letargo como Haider se iba haciendo el amo de los tradicionales sectores de voto socialista: no sólo perdieron el 8% de los votos, sino que el FPÖ ganó el 10%. Los legendarios bloques de protección oficial, símbolo de la "Viena Roja", bautizados con los nombres de Karl Marx, Rosa Luxemburg o Pablo Neruda, dieron la espalda a su tradición, y de estos conglomerados de viviendas salieron gran parte de los simpatizantes del partido de Haider. También el sector de los jubilados, que componían el 33% del electorado austriaco y que tradicionalmente eran afines a los socialistas, se decantó hacia la ultraderecha, gracias a las promesas sobre la mejora de sus pensiones y de su situación social.

El panorama que se planteaba en el horizonte político, no sólo austriaco, era estremecedor. Haider realizó una campaña basada en la promesa de llevar a cabo una política en contra de los extranjeros residentes en Austria, denuncia de la inmigración, bajada de los impuestos, creación de nuevos puestos de trabajo, mejora de las pensiones y establecimiento de ayudas para las familias con hijos. Todas estas promesas y el cansancio del electorado por los constantes conflictos en la coalición de gobierno SPÖ-ÖVP, acabaron por allanar el camino de Haider al poder. El electorado austriaco no tuvo miedo al vacío que suponía votar al FPÖ, y más de uno de cada cuatro electores austriacos votaron en 1999 a la figura de Haider. Austria había dado un giro histórico.

En aquellos momentos, Haider y el FPÖ se convirtieron en los árbitros de la situación, en el partido necesario para la formación de un gobierno en coalición con los socialistas o con los conservadores, pero que desde el principio se manifestó muy difícil de aplicar.

El panorama electoral alemán se ha desarrollado de una forma bien diferente al austriaco, aunque el proceso de reunificación no ha producido, hasta ahora, los efectos negativos que algunos expertos pronosticaron tras la caída del Muro de Berlín. La actual Alemania se parece muy poco al titán centroeuropeo de los años 1930-1940, marcado por un fuerte componente autoritario y dominante. Tras el rápido desplome de la República Democrática alemana, la reunificación fue una operación llevada a cabo, básicamente, por las elites políticas de la Alemania Occidental.

Desde entonces, las transformaciones en la parte Oriental de la República han sido espectaculares, pero han tenido consecuencias no previstas, que han afectado a todo el conjunto del país, y que han perjudicado a su vida política. El desgaste político de los diferentes gobiernos es muy rápido, con mayorías parlamentarias que tienden a fluctuar y con alianzas políticas que cambian constantemente. Que los cancilleres no renueven sus mandatos en las urnas, algo completamente insólito en la antigua República Federal alemana, se está convirtiendo en una posibilidad que amenaza a los actuales gobiernos. Por eso, los problemas a la hora de afrontar reformas profundas, de índole estructural, se mezclan con una creciente inestabilidad del mapa político, como ponen de manifiesto los resultados electorales.

La Alemania reunificada aún dista mucho de ser una sociedad plenamente integrada, en referencia a las condiciones materiales del conjunto de sus ciudadanos, a pesar de los esfuerzos hechos para reducir esas diferencias. La situación económica y social de los *Länder* orientales aún está muy lejos de situarse a los mismos niveles que el resto del país, no obstante los programas públicos destinados a estas zonas, para solventar problemas tan importantes como el del desempleo.

El desencanto entre la población oriental ante el balance que, hoy por hoy, arroja la reunificación, es un sentimiento notablemente extenso, que en determinados momentos



Reunión de nuevos nazis en Wunsiedel, Baviera

está reflejándose en actitudes extremistas, como el resurgimiento de amplios movimientos de extrema derecha o neonazis en estas zonas. Mientras tanto, en los *Ländern* occidentales, esta actitud provoca recelos entre la población, que la considera como una señal de desagrado hacia los esfuerzos realizados.

El papel de los grandes partidos políticos tradicionales, tanto la CDU-CSU democristiana como el SPD, a nivel federal, representa un elemento fundamental para establecer la continuidad que enlaza las trayectorias políticas de Alemania, antes y después de 1989. Ese papel se debe a que ambos partidos habían sido las fuerzas políticas hegemónicas en la antigua RFA y lo siguen siendo ahora, en la Alemania unificada.

En la Alemania Occidental, los liberales del FDP y los Verdes se mantienen como partidos menores, que en muchos casos tienen problemas para superar la barrera del 5% del voto, y que pocas veces sobrepasan el 10%. Pero ambos partidos tienen un protagonismo político importante. En los *Ländern* del Este, el peso de los liberales y de los Verdes tiene un carácter meramente testimonial, mientras que los partidos tradicionales deben hacer frente a una tercera fuerza electoral, el Partido Socialista Democrático (PDS), los herederos de los antiguos comunistas, un partido que complica la vida, especialmente al SPD. Sin embargo, el papel del PDS en la zona Occidental es netamente marginal.

La dinámica política creada tras la reunificación, además de modificar la estructura de partidos, también parece haber acelerado unas tendencias presentes en casi todas las democracias europeas. Se trata de un progresivo debilitamiento de las lealtades políticas tradicionales, la desafección ideológica de los ciudadanos y el desgaste de identidades políticas comunes provocado por la individualización. Una individualización que está

adquiriendo un aspecto de notable desarraigo, que fomenta el escepticismo y el desencanto de cara a los partidos políticos tradicionales, un proceso muy similar al que se dio en Austria y que llevó al triunfo del FPÖ y de Haider. En Alemania, este proceso ha venido marcado por una fuerte volatilidad de la confianza electoral y un incremento del abstencionismo. Pero también está provocando unos niveles de personalización y de tendencia al espectáculo sin precedentes, como ha quedado patente en las últimas campañas electorales locales y nacionales.

Hasta ahora, en Alemania, ningún partido político mayoritario ha sido abiertamente populista, porque es una conducta que se considera tabú. A pesar de todo, hay señales de populismo en todo el espectro político alemán. Por ejemplo, en el programa anti-inmigración del conservador Edmund Stoiber, que pretendía atizar algunos miedos básicos del electorado. O en el anti-americanismo con el que Gerhard Schröder intentaba excitar su oposición a la guerra con Irak. Y también Jürgen W. Möllemann, número dos del FDP, es uno de ellos, con sus declaraciones contra Israel y los representantes de los judíos alemanes. Pero, hasta ahora, estas muestras habían quedado encerradas dentro de programas más amplios, cubiertas por programas políticos completamente democráticos.

El *Freie Demokratische Partei* (FDP) es mucho menor que la CDU-CSU o el SPD, pero su limitada fuerza electoral ha enmascarado su gran importancia en el espectro político alemán. Esto queda demostrado si tenemos en cuenta que, aunque entre 1949 y 1990, su promedio de votos era de 9,6% en las elecciones nacionales, debido a su papel de "bisagra" en las coaliciones de gobierno, el FDP ha ocupado más del 20% de los puestos ministeriales en gobiernos de coalición, tanto con los conservadores como con los socialdemócratas. El papel central de FDP a la hora de formar gobiernos ha venido determinado por la flexibilidad de sus propuestas políticas, al contrario que los Verdes (cuyos planteamientos ideológicos son más rígidos a la hora de negociar), y por la necesidad de formar gobiernos de coalición por parte de los partidos políticos mayoritarios. Esta habilidad de ese pequeño partido para mantener o romper coaliciones le ha proporcionado una considerable influencia política y social.

El FDP fue creado en 1948 bajo la presidencia de Theodor Heuss, primer Presidente de la RFA, de 1949 a 1959. Los fundadores del partido querían que el FDP reviviese la tradición liberal alemana anterior a la Segunda Guerra Mundial. A raíz de las elecciones nacionales de 1949, el FDP apareció como el aliado natural de la derecha tradicional, sobre todo por su proximidad en temas de política económica. Durante los años 1960, el FDP pasó por una serie de transformaciones internas que frenaron su imagen conservadora y enfatizaron los aspectos más reformistas de su tradición liberal. Su nuevo interés por temas sociales le llevó a una coalición de gobierno con el SPD, en 1969.

Cuando las condiciones económicas empeoraron, a finales de la década de los 1970 y comienzos de los 1980, el FDP volvió a sus antiguas premisas económicas más conservadoras. Este proceso provocó un progresivo alejamiento de las posturas del SPD, que desembocaron en coaliciones con los conservadores. Desde comienzos de la década de los años 1990, el FDP se mantuvo más cercano a la CDU-CSU en temas económicos y más cercano al SPD en temas de política social y exterior.

Los liberales de FDP se beneficiaron de los problemas iniciales creados por la unificación alemana, como quedó en evidencia al conseguir, en las primeras elecciones en la Alemania reunificada, en diciembre de 1990, más del 11% de los votos. Desde mediados de la década de los 1990, esos resultados han ido fluctuando, como lo demuestran los problemas que ha tenido, en ocasiones, para alcanzar el 5% de los votos necesarios para tener representación en el sistema parlamentario alemán.

El punto de inflexión que ha llevado a la vertiente más populista a los sectores más duros del FDP fue las elecciones de 1998, en las que perdió su papel de partido bisagra, a

favor de la coalición rojo-verde del Canciller Schröder, que se renovó en septiembre de 2002. Desde ese momento, una parte del FDP ha ido sufriendo un proceso constante de erosión en sus principios fundamentales, que lo han acercado peligrosamente al resto de los movimientos populistas de Europa. Sin embargo, no podemos afirmar que el FDP pueda considerarse al mismo nivel que los populismos de Berlusconi, Haider, Le Pen o Fortuyn.

Desde mi punto de vista, el FDP no es como los anteriores, porque no tiene el racismo del Frente Nacional. Ni el ánimo de minar las instituciones democráticas de *Forza Italia*. Apenas nada les une al FPÖ de Haider, y sólo la brillante y espectacular puesta en escena de sus actos políticos los acerca al movimiento de Fortuyn. En comparación con todos ellos, el FDP es un modelo de *normalidad*. Pero dentro de esta normalidad ha aparecido, en los últimos años, una sombra que puede tener consecuencias imprevisibles.

Si hemos dicho que el FDP no se parecía a ningún otro populismo europeo en sus planteamientos básicos, sí que se parece a todos ellos en un elemento decisivo. Los sectores más radicales de los liberales alemanes están intentando convertir a su partido en un movimiento que aglutine los votos de los descontentos, de los anti-sistema, de los desengañados con el sistema democrático. En definitiva, unir en sus filas todos los resentimientos, todos los despechos que los partidos políticos tradicionales no han conseguido solventar.

Desde 1998, el vicepresidente del partido, Jürgen W. Möllemann, ha intentado convertir al FDP en una fuerza populista que, igual que el FPÖ en Austria, sea capaz de recoger esos votos de los descontentos, pero también de los grupos más radicales del espectro político alemán. Para ello, han iniciado una campaña efectista, basada en la ruptura de los tabúes de la sociedad y la política alemana.

Pero, en Alemania hay otros síntomas de la derechización de los partidos políticos conservadores tradicionales. La derecha de la CSU tiene mucho cuidado con lo que dice, para evitar que sus discursos y sus eslóganes puedan ser acusados de *haiderismo*, aunque el giro a la derecha de la coalición CDU-CSU, desde los tiempos del Canciller Kohl, es claro, inequívoco y profundo. Sólo gracias a ese giro y al carácter agresivo que adquieren sus posturas frente a la socialdemocracia y los sindicatos, se explica la reabsorción de algunos fenómenos populistas e, incluso, neonazis y de extrema derecha. Los votos y los apoyos de esos sectores, actualmente, se dirigen hacia los conservadores de la CDU-CSU. Pero son consensos que poco (o nada) tienen que ver con la derecha democrática. Ese populismo antidemocrático alemán apoya a la derecha tradicional, porque ésta no ha hecho nada para rechazarlo, al contrario de lo que hiciera Jacques Chirac en Francia, ante el ascenso de Le Pen.

EPÍLOGO: LAS ELECCIONES DE 2002

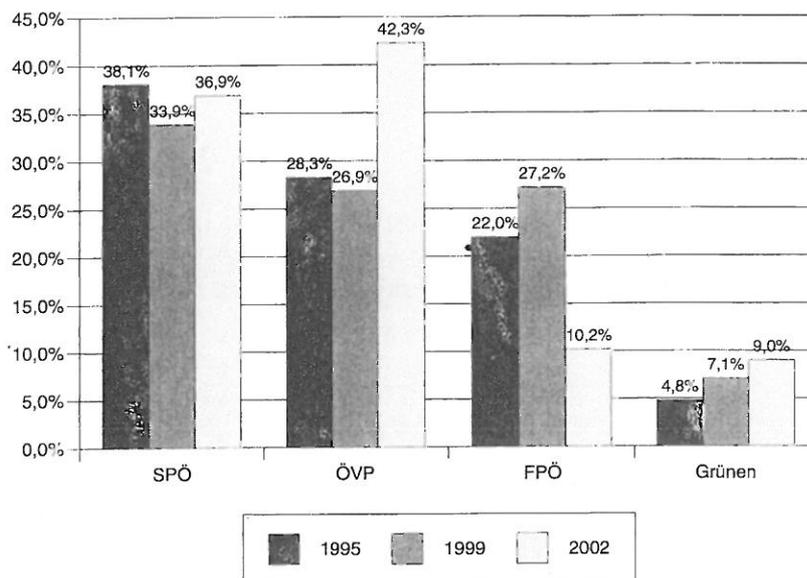
El éxito de Haider, en 1999, fue debido a dos tipos de argumentos: la necesidad de poner fin al sistema de poder existente entre conservadores y socialdemócratas, y el malestar de la población en determinados temas: malestar ante la inmigración, una cierta xenofobia, temor ante la competencia de los candidatos a ser miembros de la Unión Europea, etc.

La importancia que para el FPÖ tenían los ataques populistas contra el sistema de coalición del SPÖ-ÖVP, que consiguió atraer a un amplio sector del electorado descontento con la fractura democrática y social, implicaba un precio muy importante: la renuncia a cualquier tipo de participación en gobiernos y coaliciones con los partidos tradicionales. A partir del momento en que la dirección del ÖVP planteó la posibilidad de llegar a una coalición de gobierno con los liberales de Haider, se introdujo también la esencia misma de su

derrota. En 1999 se produjo un cierto cambio en la actitud de Haider y de su partido, que no pasó desapercibido al núcleo de electores "descontentos" que había conseguido unificar. Desde el comienzo de las negociaciones con el ÖVP, Haider intentó vender una imagen menos radical que la que le llevó a conseguir el respaldo de más de una cuarta parte del electorado en octubre de ese año.

El derrumbe de la extrema derecha austriaca ha sido espectacular. A nivel nacional, su porcentaje de votos ha pasado del 27% en 1999, a poco más del 10% en las elecciones de noviembre de 2002. Pero hay otros indicios que nos muestran la descomposición del FPÖ, como, por ejemplo, el hecho de que en Carintia, el feudo liberal por excelencia, gobernado por Jörg Haider, ha bajado veinte puntos en tres años (19% frente al 39%).

ELECCIONES NACIONALES AUSTRIACAS (1995-2002)



Fuente: elaboración propia.

Las elecciones de noviembre de 2002 parecen sugerirnos que los austriacos se están alejando de los fantasmas del pasado. Han permitido la victoria de un canciller relativamente "gris", artífice de la llegada de Haider al poder, por no dejarse chantajear por el líder carismático que los había seducido tres años atrás. Y han hundido al FPÖ. Pero lo más importante es que han recuperado, de forma consciente, aunque no total, su confianza en otros partidos políticos de carácter democrático.

Las razones que han llevado a los votantes austriacos a abandonar al FPÖ han sido diversas. La principal, probablemente, el papel de Haider a la hora de provocar la crisis del gobierno de coalición, al retirar la confianza a sus propios ministros *ultras*, dinamitando así al gobierno y provocando su suicidio político. Haider ha demostrado que no era capaz de mantener una estrategia de gobierno coherente con sus planteamientos ideológicos.

Además, al participar en el gobierno, su partido ha perdido la aureola de oposición anti-sistema, que tantos beneficios le había proporcionado anteriormente. Sus votantes se han visto decepcionados por los mismos motivos por los que habían abandonado a los partidos tradicionales: el FPÖ, una vez en el gobierno, se convirtió en otro partido político *normal*, que ha tenido que pagar el precio de esa *normalidad*. Esto viene demostrado si analizamos la pérdida de votantes: la mayoría de los votos perdidos se han desplazado hacia la derecha democrática tradicional.

La debacle del FPÖ devuelve a la política austriaca a sus parámetros más tradicionales, aunque aún no podemos saber si el paso de Haider por el poder dejará alguna huella indeleble. Austria ya no estará en la periferia de la Unión Europea, y podrá aprovechar su excepcional situación geográfica y sus condiciones históricas, para estructurar sus relaciones económicas con los nuevos candidatos a incorporarse a la Unión y con los antiguos países comunistas.

En el caso alemán, las elecciones de septiembre de 2002 también tuvieron sus consecuencias para los liberales. Möllemann se había dedicado a criticar a Israel y a los representantes judíos en Alemania, una "audacia" que provocó una tormenta política sin precedentes en la arena política alemana, y que le valió el calificativo de antisemita. Hasta las elecciones de septiembre de 2002, el FDP y su presidente, Guido Westerwelle, se lo toleraron todo. Pero la derrota en esas elecciones, de la que responsabilizaron a Möllemann, provocó su destitución de la vicepresidencia y su defenestración del partido.

Möllemann ha amenazado con fundar un nuevo movimiento, una escisión de los estamentos más extremistas del partido liberal, que podría ser, esta vez sí, un partido populista "a la alemana".

Si estas tendencias populistas llegasen a cristalizar, sería muy fácil que siguiese el ejemplo del partido liberal austriaco y se convirtiese en una forma de aglutinar a los sectores de extrema derecha y neonazis en Alemania, unos sectores que, hasta estos momentos, se han mostrado extremadamente desvinculados y disgregados por todo el panorama extremista alemán. Si el FPÖ de Jörg Haider pudo asimilar a estos grupos de la derecha radical, también un nuevo movimiento, creado en unas condiciones de crisis y descontento como las que atraviesa Europa, podría cristalizar igual entre la sociedad alemana. Sin embargo, también es muy probable que este nuevo grupo quedase sumergido en la maraña de siglas y programas extremistas y populistas que forman la extrema derecha alemana.

CONCLUSIONES: LA FASCINACIÓN DE LA EXTREMA DERECHA EUROPEA

François Mitterrand decía que hay dos formas de acabar con los extremismos: aislarlos o integrarlos en el gobierno.

Cuando a la derecha populista le ha tocado gobernar en Europa, se ha atascado en tensiones constantes, derivadas de su imposibilidad de cumplir la mayoría de las promesas con que sedujo a su propio electorado: es diferente gobernar que aglutinar a la oposición descontenta. Pero el legado populista de Haider, de Pim Fortuny, etc., ha marcado la agenda política europea.

La coalición entre conservadores y liberales en Austria ha contribuido, sobre todo, a normalizar la imagen de un partido que se escuda en la necesidad de un gobierno fuerte para pactar con un movimiento político que transgrede las propias reglas del juego democrático. Se ha roto el tabú que suponía, después de 1945, comprometerse en una alianza política con la extrema derecha. Después del caso austriaco, esto ha sucedido también en Italia, con la Liga Norte y la Alianza Nacional, grupos políticos que no tienen nada que envidiar al FPÖ austriaco. Pero hay otros ejemplos de esta colaboración, como las ofertas de cooperación del candidato conservador en las elecciones alemanas, Edmund Stoiber, a los liberales alemanes en un hipotético gobierno de coalición que podía haber surgido de las elecciones de septiembre de 2002.

El relativo declive de la extrema derecha europea puede esconder una cierta *derechización* del teatro político europeo. Autoridad y control social son conceptos que en esta etapa de crisis están volviendo, sobre todo en referencia a la responsabilidad del Estado con sus ciudadanos. El efecto de la experiencia del FPÖ en el gobierno, como las de otros

países, ha contribuido a que muchos partidos de centro-derecha hayan hecho suyas algunas de las propuestas de esa extrema derecha, como los problemas de seguridad ciudadana o la inmigración. Este centro-derecha, anteriormente dominado por los criterios cristiano-demócratas, inició, ya antes del triunfo de Haider, un proceso de cambios, que se han visto acentuados en los últimos años por los procesos de participación de la extrema derecha en el sistema parlamentario (llámese proceso de *haiderización* o de *berlusconización*).

En países como Francia, Austria y Holanda, el auge y caída de los movimientos populistas han reforzado la postura de los partidos de centro-derecha, provocando su propia radicalización. Pero es un fenómeno que también se está extendiendo a Europa, si tenemos en cuenta que los órganos de gobierno de la Unión Europea se encuentran controlados, actualmente, por una mayoría de representantes de esta nueva centro-derecha. Lo más alarmante es que personajes de extrema derecha e, incluso, de círculos neonazis, puedan ocupar cada vez más cargos institucionales en algunos de estos países.

Tampoco debemos olvidar otros efectos del proceso de *haiderización* austriaco. Temas como la inmigración han sido ahora asumidos por los partidos políticos tradicionales, pero también han penetrado en la Unión Europea ideas como, por ejemplo, la penalización de los países que no colaboren en la lucha contra la inmigración ilegal.

Por eso, no debemos extrañarnos de que en algunos círculos de la extrema derecha europea se esté planteando la posibilidad de presentar una lista conjunta de la ultraderecha a las elecciones europeas de 2004, como se desprendió de la reunión que, en el verano de 2002, se llevó a cabo en Austria, auspiciada por el FPÖ y Haider. Al encuentro asistieron representantes del *Vlaams Blok* belga, de la Liga Norte italiana, además de otros participantes de círculos extremistas de los que no se conocen más detalles. Esta reunión ha venido propiciada por el hecho de que, hasta ahora, los partidos *ultras* evitaban encontrarse con otros de las mismas tendencias, por temor a comprometerse demasiado. Pero la situación creada actualmente permite que se hayan intensificado estos contactos y que, incluso, se den a conocer en público.

A pesar de lo que se ha visto en las urnas en los últimos meses, no debemos pensar que la amenaza de la extrema derecha ha desaparecido, porque ya otras veces hemos visto su capacidad de resurrección, y aún hay temas y escenarios políticos en los que puede reaparecer. Aunque la extrema derecha aparezca en sus horas más bajas, no deja de ser muy significativo que el FPÖ, pese a su notable derrota, haya conseguido un 10% de los votos del electorado, o que el FDP alemán superase el 7% de los votos en septiembre de 2002. Estas cifras deben recordarnos que una parte importante de la población europea aún piensa que las soluciones a sus problemas pasan por los planteamientos de esta extrema derecha.

Pero analizar el resurgimiento de la extrema derecha es también analizar las propias culpas de la izquierda europea. En este sentido, los analistas hacen, desde mi punto de vista, excesivo hincapié en la más evidente (la atomización del espectro político de izquierda) y olvidan una más fundamental: porqué se producen estas divisiones y si existe una solución para solventar el problema de fondo. La verdadera culpa de las izquierdas (tanto en Francia como en España, Austria, Italia o Alemania) es no haber sabido ver el desencanto de la población, de la oleada anti-partitocracia que se ha producido en los últimos años en las democracias europeas. En la protesta contra la partitocracia se ha mezclado el anhelo por un cambio en las estancadas democracias, por una vuelta a una democracia más auténtica, por romper con los partidos políticos burocratizados por el sistema. Todo esto ha sido asumido por la extrema derecha y no, como hubiera sido lógico, por los partidos y movimientos políticos de la izquierda.

BIBLIOGRAFÍA

- Anti-Defamation League: *The Skinhead International: A Worldwide Survey of Neo-Nazi Skinheads*, Anti-Defamation League, Nueva York, 1995.
- Bailer-Galanda, B., Neugebauer, W.: *Haider und die "Freiheitlichen" in Österreich*, Dietz Verlag, Berlín, 1997.
- Benz, W. (Hg.): *Rechtsextremismus in Deutschland. Voraussetzungen, Zusammenhänge, Wirkungen*, Frankfurt/M., 1994.
- Betz, H.G.: *Radical Right-Wing populism in Western Europe*, St. Martin's Press, New York, 1994.
- Björge, T., Witte, R. (edit.): *Racist violence in Europe*, Berg, Nueva York, 1993.
- Bundesamt für Verfassungsschutz: *Entwicklungen im Rechtsextremismus in den neuen Bundesländern*, Hg. Bundesministerium des Innern, Bonn, 1999.
- : *Verfassungsschutzbericht 1995*, Hg. Bundesministerium des Innern, Bonn, 1996.
- : *Verfassungsschutzbericht 1997*, Hg. Bundesministerium des Innern, Bonn, 1998.
- Cheles, L., Ferguson, R., Vaughan, M.: *Neofascism in Europe*, Londres, Longman, 1991.
- De Toro, Fco. Miguel: "Reflejos del *Anschluß* en la historia y la historiografía austriaca", en revista *Historiar*, núm. 1, 1999, pp. 109-123.
- Döw (Hg.): *Das Netz des Hasses. Rassistische, rechtsextreme und neonazistische Propaganda im Internet*, Deuticke Verlag, Viena, 1997.
- : *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus*, Deuticke Verlag, Viena, 1993.
- : *Rechtsextremismus in Österreich nach 1945*, Deuticke Verlag, Viena, 1979.
- Fernández García, A., Rodríguez Jiménez, J.L.: *Fascismo y Neofascismo*, Madrid, Arco Libros, 1996.
- Florentín, Manuel: *Guía de la Europa negra. Sesenta años de extrema derecha*, Anaya, Madrid, 1994.
- Gallego, F.: *Detectar i debatre els trets bàsics del feixisme. L'extrema dreta*, Barcelona, 1998.
- Hainsworth, P. (edit.): *The Extreme Right in Europa and the USA*, Longman, Londres, 1992.
- Harris, Geoffrey: *The dark side of Europe. The Extreme Right today*, Edimburgo, 1990.
- Holzer, W.: "Rechtsextremismus – Konturen, Definitionsmerkmale und Erklärungsansätze", en Döw: *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus*, Deuticke Verlag, Viena, 1996, pp. 12-96.
- Klein, M.: *Liberalismus, Rechtsradikalismus und Rechtspopulismus in Deutschland und Österreich*, Zentalar-chiv für Empirische Sozialforschung der Universität Köln, Colonia, 1999.
- Mecklenburg, J. (Hg.): *Handbuch deutscher Rechtsextremismus*, Berg, Berlín, 1996.
- Minkenber, M.: "The New Right in Germany: the transformation of conservatism and the extreme right", en *European Journal of Political Research*, vol. 22, núm. 1, 1992, pp. 55-82.
- Neugebauer, W.: "Struktur rechtsextremer Organisationen und deren Bereitschaft zur Gewalt", en Reinalter, H., Petri, F., Kaufmann, R. (Hg.): *Das Weltbild des Rechtsextremismus. Die Strukturen der Entsolidarisierung*, Tyrolia Verlag, Innsbruck, 1998, pp. 51-61.
- Riedlsperger, M.: "FPÖ: Liberal or Nazi?", en Parkinson, F. (edit.): *Conquering the past: Austrian Nazism Yesterday and Today*, Wayne State University Press, Detroit, 1989, pp. 257-278.
- Schmidt, M., Vidal, C.: *La Alemania neonazi y sus ramificaciones en España y Europa*, Anaya, Madrid, 1995.
- Wiewiorka, Michael: *El espacio del racismo*, Paidós, Barcelona, 1992.